

Michela: Quería ser una mariposa

«Creía ser más fuerte que mi hambre». Pero cuando uno se olvida de sí mismo, «el mundo se hace pequeño». Hasta no poder ya vivir. La filósofa y escritora Michela Marzano habla de sí misma. La anorexia, el intento de suicidio, el descubrimiento de que el vacío «es el signo de nuestra humanidad».

«Mi filosofía nace de aquello que me desconcierta», dice. De este modo ha tomado *su* acontecimiento y le ha dedicado su último libro. *Quería ser una mariposa* habla de su anorexia. Pero no es un libro sobre la anorexia. Habla de la vida que deviene en tormento cuando se hace de todo para ignorar la ausencia que somos, para negar «el vacío que se tiene dentro». Querer ser más fuertes que su propia hambre. No se trata de la comida, «la comida sólo es un síntoma. Se trata de pensar que basta *querer* para *poder*. Pensar que la necesidad no cuenta, sino que cuenta sólo la voluntad. Y así el mundo se hace pequeño», dice: «Y yo ya no podía vivir».

Usted escribe que «aprender a vivir significa aceptar la espera». Y añade: «Integrar la idea de que el vacío que llevamos dentro nunca podrá llenarse. Que habrá siempre algo que nos falta». ¿Qué significa «aprender» esto?

Mucho antes de la anorexia, que es solamente un mecanismo, existe otra cosa: el rechazo de aquello que se es porque se piensa que se *debería ser*. Que se deberían, sobre todo, superar los propios límites, para responder de manera sistemática a las expectativas, propias

o ajenas. En mi caso, se trataba de las de mi padre. Pero este construirse negando cómo se es verdaderamente, como si la propia fragilidad no existiese, es después de todo la clave de nuestra sociedad...

¿Por qué?

Es una sociedad voluntarista. En la que nos repiten por doquier, los compañeros, la familia, los profesores, los amigos... esta idea de que se *debe* querer y que si se quiere algo, se obtiene. Es un sistema ideológico y muy actual. Se halla claramente en todo lo que a mí me ha sucedido: consideraba que debía ser más fuerte que mi hambre, porque debía intentar seguir una especie de mandato que decía: “Eres más fuerte que cualquier otra cosa, tu voluntad es más fuerte”. Como si las necesidades no contaran. Comencé de nuevo a vivir cuando me acepté a mí misma. Cuando comprendí que esa fragilidad estructural que nos caracteriza a todos – sin excepción – puede convertirse en un recurso. [...] En mi vida todo cambió cuando dejé de pasar el tiempo forzándome a seguir un *deber ser*.

[...] Así se empieza a olvidar lo que de verdad uno quiere: es la relación entre lo que el psicoanalista Donald Winnicott llama *falso yo* y *verdadero yo*. El primero es aquel que nos construimos para corresponder a las expectativas. Mientras que dentro de nosotros tenemos deseos y esperanzas, tenemos “aquello que somos” de verdad, pero que no tenemos el valor de ser ni de decir. Ante todo porque no nos aceptamos tal y como somos.

¿Qué es lo que le ayudó a aceptarse?

Se trata de un proceso que ha necesitado mucho tiempo, porque no basta con comprenderlo. Mi padre siempre me enseñó que tiene éxito en la vida quien se impone a sí mismo, pase lo que pase. Entonces me pregunté. ¿Por qué? No por qué me lo decía, eso forma parte de su historia. Sino, ¿por qué le creí? Porque le quería muchísimo, y temía perder su amor.

En el libro escribe: «¿Qué saben los demás de lo que he tenido que hacer para comprender que tenía necesidad de todo?». Luego, en su blog habla del «vacío» como del «signo de nuestra humanidad». Dice: «Cuando se habla de vacío, todos inmediatamente se ponen nerviosos. Porque algo no va bien, es peligroso... Se trata de una “agitación” general. Como si se tuviera que llenar de manera inmediata. ¡Sólo que no es así! Inevitablemente, tarde o temprano, algo nos falta...».

Nada ni nadie puede colmar este vacío. A menos que uno piense que existe algo que consiga llenarlo para siempre. He percibido que el problema se da cuando espero todo de otra persona, cuando espero que el otro me ame completamente. Para quien tiene fe, el único que nos ama exactamente como somos es Dios. Pero cuando has experimentado un amor con condiciones, un «te amo si...», como me sucedió a mí en la relación con mi padre, por quien me sentía querida en el momento en que cumplía sus expectativas sobre mí, entonces empiezas a creer que en el fondo sólo en aquel «si» puedes

ser amada, y dejas de creer que pueda existir un amor incondicional.

[...] *Cuenta que a los veintisiete años intentó suicidarse, cuando su prometido la dejó, precisamente por la ilusión de «que otra persona podía llenar mi vacío».*

El otro no es una cosa que podamos tomar y poner allí donde nos duele. El otro es “otro”. Es una alteridad absoluta. En 1997, habiendo perdido a la persona que amaba, pensaba que había perdido todo. Si hoy perdiera a Jacques, mi compañero, seguiría “perdiéndolo todo”. Pero no me perdería a mí misma. Porque yo tengo un valor irreductible.

[...] Los “suicidios de la crisis” de los que se habla en este momento me sorprenden mucho. Es un gesto terrible, porque se piensa que se ha perdido todo. El hecho es que este “perderlo todo” puede suceder. Pero en realidad, aun cuando se pierda todo, queda aquello que antes no veía: la sencilla y banal evidencia de que vivir es algo bello. Tuve que vivir todo aquello por lo que he pasado para darme cuenta.

¿Su experiencia ha cambiado incluso su trabajo, su filosofía?

Totalmente. Hoy soy la persona que soy porque he tenido que pasar por todo aquello que he vivido, pero sobre todo porque me he vuelto a cuestionar a mí misma. Todo lo que me ha sucedido, el «acontecimiento», es un momento de verdad que cambia el modo de mirar. A cada uno le impresiona un momento de verdad, algo que sucede.

Denisse: él existe y esto es lo importante

Hace unos meses, una joven señora que había perdido su hijo en el primer embarazo y que había vuelto a quedar embarazada, me dijo algo que me marcó y me acompaña todavía: “me siento mal, estoy contenta!” Tengo constantemente náuseas, qué bello! Me canso muy fácilmente, qué alegría! Porque significa que él existe. Existe! No me interesa el color de sus cabellos o no sé qué. Él existe. Esto es lo importante. No puedo añadirle un instante de vida y sin embargo lo daría todo para que él salga a la luz. Todo es un sacrificio que vivo con alegría porque sé que es por él”.

Agada: llevado y cuidado en cada instante

«Desde hace tres meses estoy en casa por un embarazo difícil, por lo tanto menudo estoy sola y no puedo participar como antes en todos los gestos que la comunidad propone o ver a los amigos como hacía antes. Sin embargo, nunca como en este periodo, en el cual a veces se hace fuerte la tentación de quejarse o de desear estar en otro lugar, me he dado cuenta de que no quisiera vivir ninguna otra circunstancia [¿cuándo sucede esto?] y por esto agradezco el recorrido hecho junto a mis amigos [para qué sirve la amistad!]. Cada día me detengo un momento y retomo conciencia del hecho de que las cosas existen, de mi casita a la llamada de un amigo, del día de sol al día más nublado, del afecto de mi marido al de mis padres, las cosas son para mí y me recuerdan que soy amada, no son obvias. Sin embargo, la cosa que más me

impacta es que también el hecho de sentirme mal, a veces también la imposibilidad de bajar de la cama o comer, es signo de una presencia que es para mí (el niño). Pensando en el niño que tengo en el vientre, me conmuevo pensando en que, sin saberlo, él es llevado y cuidado por mí en cada instante. En este momento él respira gracias a mi respiración y el hecho de que yo esté atenta e inmóvil, es para que él viva. ¡Y él no lo sabe...! Sin embargo, si pienso en mí un momento, ¿acaso no vivo la misma experiencia que vive el niño? Yo también respiro del aliento de otro, como, duermo, vivo, porque Otro me quiere, un Padre que me da la fuerza para afrontar cada jornada, me da una familia, a mis amigos, unos maravillosos vecinos [de casa] que cuidan de mí...todo lo que tengo es don suyo. Mi trabajo cada mañana es reconquistar esta conciencia del don, de las cosas presentes como signo de una Presencia buena y esto, estoy aprendiendo, se llama oración. La gracia más grande es reconquistar siempre esta posición de agradecimiento hacia un Padre que lo da todo, para no caer en la queja, en el proyecto, en la medida, sino para ser verdaderamente alegre [lieta] en cualquier circunstancia. “El hombre es un ser que existe porque es constantemente poseído. Entonces él respira enteramente, se siente bien y alegre cuando reconoce ser poseído”»

Onintza: ¿Por qué no lograba dormir de lo feliz que estaba?

Tres seminaristas van a España para aprender el castellano, antes de venir a Chile. Tres, como los reyes Magos. Unos meses después de la llegada de los tres a Chile, su profesora de castellano -mujer casada, con hijos- les escribe, contándoles el día de su primera Comunión. Lo hace agradecida por el testimonio y la amistad que ellos le ofrecieron, que para ella fue muy importante en su recorrido de descubrimiento de la experiencia cristiana.

«Queridos amigos:

No quiero dejar de compartir con ustedes lo que significó para mí el día 21 de octubre.

Como podrán imaginar, estaba deseando que llegara el gran día. Los últimos domingos que iba a Misa pensaba que ya no me quedaban muchos sin poder comulgar. Era como una cuenta atrás. La ceremonia fue preciosa por muchos motivos además de los puramente sacramentales: celebraban el vicario del obispo, además de Pato y Barge, lo cual me reconfortó mucho; mis compañeros del colegio organizaron un coro entre alumnos y profes que ensayaron canciones para acompañarnos, etc. Había un gran amor que conmovió hasta a mis padres. Recibir al Señor y al Espíritu Santo rodeada de la gente que me ha acompañado durante todo este tiempo fue una bendición. Yo estaba feliz, consciente de la importancia del momento y embargada por una alegría inmensa. Cuando recibí los sacramentos le dije al Señor que me

ponía a su disposición, como hicieron los Apóstoles en Pentecostés, y le pedí también mucho por ustedes, para que sigan iluminando a la gente que vayan conociendo, tal y como me ocurrió a mí.

Después, nos fuimos todos juntos al colegio a comer. Mis compañeros habían organizado toda la comida, y muchos de mis alumnos eran los camareros. Imaginaos qué alegría tan grande ver a esos adolescentes de 16 años con bandejas por allí, bebidas por allá... Y con una alegría y un amor en el rostro que me conmovieron. Todo era una sorpresa para nosotros. Todo el colegio y nuestros amigos de la Escuela de Comunidad se habían volcado para mostrarnos su amor y compañía. Mis padres estaban tan alucinados con todo lo que veían que llegaron conmocionados a casa: nunca habían visto gente con tanta humanidad, con tanto amor hacia el prójimo... Era algo nuevo para ellos. Creo que ese día ha sido un encuentro para mis padres. Ellos no saben que lo que les ha fascinado es el Señor, pero son conscientes que algo especial ocurrió ese día.

Por la noche, cuando me acosté, no podía dormir de lo feliz que estaba. No recuerdo haberme sentido así en toda mi vida, ni cuando me casé. Ante la evidencia de no haber sentido algo tan fuerte en toda mi vida, me urgió la necesidad de saber por qué me sentía así. Y lo comparé con el día de mi boda, día que organicé durante más de un año y medio, donde todo estaba perfectamente medido y calculado (invitados, menú perfecto, hotel de lujo, vestido

impresionante...). Yo traté de fabricar para mi boda el día perfecto con todos los medios que tenía a mi alcance. Comparando el día de mi boda con el de mi Comunión veía claramente que mi vestido no era tan bonito, ni la comida tan exquisita, ni había tantos invitados, ni lo celebraba en un hotel de lujo... Y sin embargo, el día de mi boda no fui plenamente feliz pero en el de mi Comunión sí, ¿por qué? ¿Cuál era la diferencia? Me resultó evidente que mi felicidad, mi plena felicidad no me la puedo fabricar yo, que aunque consiga fabricar un día perfecto a mi medida no me da la total felicidad. Pero cuando el Señor está conmigo, sí. Y es evidente que el Señor estuvo conmigo el día 21, porque yo, con mis fuerzas, no soy capaz de generarme ese derroche de alegría y felicidad. Por eso no podía dormir, porque mi felicidad me lo impedía.

No dejo de dar gracias al Señor por poner a mi alcance todo esto. Me acuerdo mucho de Giovanni porque me acuerdo que me dijiste que el Señor siempre nos escucha cuando rezamos. En ese momento no me lo creí. Pero ahora me rindo a la evidencia, porque durante muchos años, cuando era una cría, le pedía fe, fe, fe y fe, y una evidencia de su existencia. Y ahora lo tengo a raudales.

Aunque en ese día tan importante no pudimos estar juntos, estuvieron presentes en mi pensamiento con mucha fuerza. Gracias amigos por haber entregado su vida al Señor, por vuestro Sí, que ha permitido que una persona perdida haya encontrado la luz.

Los quiero mucho, Onintza»

¿Quién no desea vivir una felicidad tan grande que le impide dormir?

Daniela: Carta al padre

Leyendo el texto de “Una pulga como amigo”, el que conocía desde un tiempo o más bien creía conocer por completo, me vuelvo a sorprender no sólo porque descubro algo nuevo de lo que consideraba ya aprendido, sino por una frase que ha avivado en mí el deseo de buscar y reconocer en todos la presencia de Dios. La frase a la que me refiero es aquella expresión que apunta al aliado que hay dentro de ti: *“Tengo en ti, dentro de ti a un buen aliado, aunque sea bastante cubierto de polvo. Este aliado era su corazón, su deseo de felicidad.”* Cuando nos referimos a este aliado bastante cubierto de polvo, surge la interrogante de saber si nos referimos a esa persona en la que hemos perdido toda esperanza, en la que hemos dejado de creer, a aquella a quien creemos conocer o simplemente no deseamos dejarnos asombrar pues la consideramos un poco insignificante. Y al reflexionar con respecto a mi experiencia me doy cuenta que sí, que mi prejuicio me ha impedido pensar siquiera que en ti podría haber algo o alguien más grande e infinito y es que por mucho dolor que me hubieras causado hoy tomo conciencia de este hecho, de que en todo corazón hay un deseo profundo de felicidad donde está la presencia de Cristo, mi aliado y que nadie escapa de este anhelo de verdad, justicia y amor, pues todos

buscamos tener un aliado. Darme cuenta de esto me ha permitido cambiar mi forma de mirar la realidad, en especial hacia mi realidad más cercana.

Si no descubriera el TU que está dentro-detrás de ti (y de todo), jamás habría sido capaz de mirarte como mi aliado... y es que nunca lo fuiste para mí, todo lo contrario, siempre te consideré como un obstáculo o un enemigo a quien amaba o aceptaba con resignación, no habías muerto y yo ya te había matado. Porque jamás pensé descubrirte así pues te he reducido a mis esquemas previos, descartando toda posibilidad de asombro y cómo no, si sólo era una racionalista más.

Pero quién me ha hecho ver en tu corazón el punto vivo que hay en ti... sólo la mirada que Cristo a través de otros ha fijado en mí, la mirada verdadera de la que quiero fiarme y a la que quiero responder ha sido capaz de transformar mi vida y ver que tengo en ti, dentro de ti un buen aliado. Hoy ha despertado en mí la conciencia de mi ser y ha despertado porque me he maravillado con su mirada que ha traspasado todo mi ser, he sido descubierta y ya no voy con la mirada encogida ni callando el deseo de felicidad de ambos. Hoy mi razón y la tuya me han permitido reconocer el misterio que hay en ti, aunque aparentemente tú no te des cuenta, yo sólo quiero desvelarlo porque es como si no te hubiera visto jamás y claro, jamás te vi como te veo ahora.

Ester: ¿En quién pones tu esperanza?

Ester tenía que rendir un examen oral en la Universidad, en el cual exponer todo el programa del año. Se trataba de un examen fundamental para conseguir el magister. He aquí su testimonio.

Al examen yo no quería ni siquiera presentarme. Durante 4 días dejé de estudiar, estaba aplastada, triste y enojada porque no había logrado terminar el súper programa que tenía, mi ideal se había vuelto aprobar el examen, salir bien con la profe. Me enojaba aún más porque sentía que estaba perdiéndome una ocasión, como no presentarse a una cita. Graziella me decía que me presentara al examen y que así hiciera ver a todos por quién vivo (¿de qué Cristo estamos hablando? Yo vivía por mi gloria y por mi éxito). Sin embargo, me turbó porque me preguntó: “¿En quién pones tus esperanzas?”. La mandé derechito a la punta del cerro.

Yo estaba consciente de que estaba renegando algo.

No estaba muy preparada, entonces, ¿para qué ir a martirizarme frente a la temida profe? ¿Para qué presentarme arriesgando que la profe me echara una bronca memorable? De hecho la profe me conocía y no podía permitirme desfigurar delante de ella...perdería mi “reputación”. Todo esto para mí era un gran sufrimiento. Viví 4 días casi de insomnio, ¡sabía que las cosas no estaban bien!

Más allá de Graziella y de mis amigos que me decían que me presentara, sabía que la lucha

era con Él. Sin embargo, -no te pongas a reír ahora!- me decía: eh, no pasa nada, no es tan grave, ¡también Pedro lo ha negado! ¡Y tres veces! Significa que entenderé el sentido del porque estudiar -¡mis buenos propósitos!- y en unos meses más haré el examen.

De verdad tenía conciencia de que yo estaba diciendo NO a Él. Quería cerrar el partido. Sin embargo, estaba inquieta y casi no lograba dormir.

Cuando ya había guardado los libros en la estantería y había dejado de estudiar, supe que habían movido el examen de unos días. Entendí que se me ofrecía otra posibilidad. Era cierto que no habría logrado estudiar bien todo el programa en tan pocos días, pero lo que había cambiado era la manera en la que yo corrí a estudiar. Él ya me ha Salvado y Amado y yo me lo estaba olvidando. Sin embargo, se me daba otra ocasión para decirle SÍ. Tenía que apostar sobre esto! No sobre mi maestría en el aprender. El fin ya no era el examen, sino este Amor que ha abrazado toda mi vida. Yo sé, porque lo he experimentado, que en un Gran Amor todas las fatigas son salvadas, abrazadas. Estudié en pocos días como nunca había hecho: retomé el programa con una lucidez y una inteligencia que no venían de mí, una capacidad nueva de entender las conexiones y guardar lo esencial. De verdad que fue un tiempo de verdadero goce! No pensaba en el examen, sino en lo que estaba afirmando allá, pegada a la silla de mi escritorio.

La consecuencia, en el examen, fue una

tranquilidad y libertad grande (animaba y espoleaba a mis compañeros. ¡Yo! ¡Que por mi misma habría estado “muerta” de miedo, aún más viendo a 6 compañeros dar el examen antes que yo sin aprobar!). No tenía miedo y también fui muy hábil en moverme durante el examen. ¡Prácticamente fue mi ciento por uno! Ya no iba miedosa por la vida, ya no estaba en la esquina temblando. Tomé el máximo de las notas, con mención. Y con esta profe es casi imposible. En efecto, no era yo, sino Otro en mí. Podía irme mal, pero yo ya había experimentado una posición distinta frente a la vida. Libre por reconocer a Uno que me abraza, libre frente a Uno que me abraza.

En resumidas cuentas: la victoria del Cristianismo sobre mí es ésta: una vitalidad, una libertad, donde el miedo es vencido, y me cambia, soy yo pero más yo. ¡Esto yo no lo suelto más!

María José: ¿De verdad y cómo “la voz única del Ideal” se puede volver el criterio de la vida?

El viernes pasado, en una clase de la universidad, una chica se me acercó para preguntarme si yo había sido la primera que entró a Enfermería. Quería felicitarme y poder decirles a sus amigos que me había conocido. Me sorprendió este encuentro, no entendía por qué, después de varios meses, a algunas personas les llama tanto la atención que yo haya elegido estudiar enfermería. Estoy segura que si estudiase medicina, nadie se

sorprendería, ¿por qué tanta diferencia? Creo que a la gente le sorprende que aún existan personas que crean en la vocación, y que apuesten por ella, como si la vocación ahora fuese un lindo ideal romántico, pero nada tangible, un cuento de hadas nada más. Creo que a la gente lo que le sorprende es la libertad con la que fui capaz de elegir. ¿De dónde nace esta libertad? El mundo nos mide por lo que somos capaces de producir o por nuestros resultados. Por el puntaje de una prueba, la fama de una carrera, el éxito económico, el trabajo que podamos conseguir. Una cosa tras de la otra. Con esos criterios nos evalúan a nosotros y en base a ellos determinan nuestro grado de felicidad, a tal punto, que nosotros mismos terminamos creyendo igual. Ese se transforma en nuestro criterio para todo. Mi carrera la tengo que elegir por el éxito económico que me pueda brindar, la seguridad laboral que me ofrezca. Mientras “más puntos” pida la carrera, mejor. Esa es la que te tiene que gustar. Parece que no hay ningún otro criterio. En mi camino de confirmación, junto a las amistades que se me donaron descubrí un criterio más grande que ese. Recuerdo cuando hablamos de “La voz única del ideal”. La vocación es un llamado. La vida es un llamado, una voz a la que hay que escuchar. La realidad misma nos muestra cual es nuestro llamado, nuestra vocación. Este hecho que me conmueve a mí, solo a mí, es un signo! Quise empezar a leer mi vida como un signo para entender mi vocación. ¿Por qué mi corazón gritaba tan

fuerte en ese encuentro? ¿Por qué esto me maravilla tanto? Podía haber mucha gente conmigo, pero habían hechos que solo a mí me llamaban la atención. Yo quería estudiar enfermería. No medicina, enfermería. Y no por ser mediocre. Entendí que mi valor no dependía de lo que fuera a hacer, o lo que fuera a estudiar, o el cargo al cual pudiese llegar. Mi valor me venía dado desde antes, ¡yo era amada desde siempre! Alguien me amaba todos los días. Dios me ama todos los días. Estoy viva, soy amada. Antes al escuchar la palabra vocación pensaba en algo lejano y terrible. Vocación la tienen los curas, las monjas y la gente que se va a África. Yo no puedo ser cura, no quiero ser monja, y no quiero irme a África, así que ojalá no tenga esa vocación. Después entendí que la vocación no es nada más que mi camino a la felicidad. Dios me ama gratuitamente y para agradecerle tengo que seguir la brújula que él ha puesto en mi corazón. ¡Elegir por una felicidad grande!. La vocación no es una tortura, sino mi camino a la felicidad, mi camino a Dios. Yo estaba segura de lo que quería mi corazón, pero cuando llego el momento definitivo de elegir, todo se volvió un caos en mí. Mis profesores y todo alrededor me gritaban (incluso literalmente) que eligiera la carrera según el criterio del mundo. “Elige medicina!!, el mundo te necesita! Solo así podrás ayudarlo, no te pierdas!!” como si por elegir otra cosa estuviese condenando al mundo. Fueron unas horas terribles. Pero justo en ese momento, apareció un rayito de luz de

nuevo, que me hizo recordar todo lo que había vivido. Me hizo recordar el amor de Dios. Un llamado de mi mamá, diciendo que eligiera por mi felicidad, me devolvió a la tierra. Esa era la realidad, no lo que me habían gritado. El mundo se salva, yo me salvo, no cuando elijo por el prestigio, la fama o la moda. Yo me salvo cuando elijo escuchar la Voz Única del Ideal y mi sí puede salvar al mundo. Solo así no me perdería. En el momento que decidí, no entendí las repercusiones que podría tener mi decisión. En la capilla decían que un sí o un no tiene consecuencias cósmicas, pero yo no me imaginaba nada. En ese momento decidía por mí. Unas semanas después una chica me habló por chat y me contó que gracias a mí había entrado a estudiar este año. Ella quería estudiar medicina, y cuando supo que no quedó, fue como si el mundo se hubiese acabado. Cuando vio que yo con un puntaje que me alcanzaba para estudiar lo que ella quería, elegía estudiar enfermería, volvió a valorar las cosas, se dio cuenta que elegir otra carrera no es fracasar. Ahora somos compañeras.

Estoy feliz de haber elegido estudiar enfermería-obstetricia. Cada día que pasa confirmo mi decisión y que esta es mi vocación, mi llamado. Ahora veo algunas de las consecuencias cósmicas de mi sí, aunque no acabo de entenderlo todo. Justo cuando pensé que ya todo había terminado me piden que escriba esto. Y cuando creí que ya me había arrancado de escribirlo, aparece la chica del

principio para recordármelo. Signos y más signos. Mejor no seguir arrancando.

Alekos: “Todos quieren ser amados, pero nadie ama”

Aquel día tenía que hablar con Graziella, mi amiga profesora de religión (aquella por la cual la experiencia cristiana se había vuelto cautivadora). Llevábamos tiempo sin hacerlo. Esperaba este momento. Hablaríamos volviendo del colegio hasta nuestra casa (mi casa estaba de paso para ir a la suya). Saliendo del colegio, se encontró con unos alumnos suyos. Empezó a bromear con ellos...Tenía una gran humanidad y yo siempre quise empaparme de su “secreto”, hacer “mía” la belleza que veía en ella y en la relación con ella. Se dio una conversación con estos jóvenes. Yo miraba como estaba con ellos. Aprendía. Cuando llegamos a mi casa se disculpó porque no habíamos logrado conversar. Pero yo tenía en la mente la parábola de la oveja perdida. Se la recordé y le dije: “yo lo encontré todo. Ellos no. Yo antes era como ellos, ahora quiero ser como tú”. Amar es también decidir y -hoy me doy cuenta- aquel día decidí. Entonces nuestra amistad dio un salto cualitativo. Pongo un ejemplo sencillo -de los muchos que se podrían traer a colación- de lo que conllevó la decisión de recorrer el camino de la identificación.

Cuando nos juntábamos con los amigos me daba cuenta de que el recién llegado -la persona nueva, la que alguien de nosotros había invitado- tenía como el lugar de honor:

siempre capturaba toda mi atención. No solamente porque siempre lo habíamos visto hacer a Graziella, sino porque significaba acoger lo que Dios hacía suceder, responder a Su pro-vocación (no sería necesario añadir que la relación con mis amigos se volvía más verdadera y bella...). Otro día me dijo algo acerca de mi mejor amigo: “será en la relación contigo donde él se construirá una verdadera consistencia”. Yo entendí la frase, pero me parecía imposible: ¿en la relación conmigo? Ella lo habría hecho mejor, pero con mi amigo estaba yo. Graziella me lanzaba a ser padre. A menudo me pedía que acompañara a otros. Después empecé a hacerlo sin que me lo pidiera.

Entendí que la verdadera preferencia lanza. Más me dejo lanzar, más cerca del otro estoy. Ya no podía gozar de la amistad con ella sin pertenecer y pertenecer era entrar en su pasión, es decir en su forma de vibrar y de mirar todo y todos. Porque amistad es entrar en comunión con el otro. De otra manera no eres amigo, sino voyerista, espectador, o in-fante. La amistad es entrar en las razones de la vida del otro, de su esperanza, de su alegría. Sobre todo entrar en su mirada y mentalidad.

Cada vez más, el exceso de admiración y gratitud frente al exceso de Belleza y Vida que se me donaba, provocaba el deseo de darla toda (la vida). Quien da todo por obvio, sólo es capaz de retener ya sea su misma vida, ya sea la Vida que se le ofrece (de esta manera las hace marchitar). Esto es el infierno: un pequeño goce

encogido sobre sí mismo. Infecundo y triste. Yo quería ser feliz, palabra que significa “fecundo”. Sólo empezando a invertir -a desear hacer “mío”- lo que había recibido y visto pude empezar a hacer experiencia del Paraíso, que es ser “canal” del Don. No hay aventura más fascinante.

“Yo soy lo que soy a los ojos de Dios” (san Francisco de Asís)

“Tú, que te has dignado morir por amor de mi amor, haga la dulce violencia de tu amor que yo muera por el amor de tu amor” (san Francisco de Asís)

Mireille: Para mí tú vales más que diez hijos

«Eres un árbol que no da fruto». Las miradas y los comentarios de la gente se lo susurran. Todo esto le retumba por dentro. En la mentalidad africana no hay salida para una mujer que no tiene hijos. «Todos te miran. Y esperan». Mes tras mes, año tras año. Pero en Mireille sólo existe dolor por no poder darle al hombre que ama el regalo más valioso. «Era todo lo que quería. Veía el amor de Victorien para conmigo y deseaba con todo el corazón darle un hijo». En Yaoundé, capital de Camerún, ciudad con un millón y medio de habitantes, está a la orden del día que un marido se marche de casa y se vaya con otra mujer, aunque haya hijos de por medio, y a veces numerosos. Cuánto más en su caso, que no consigue dárselos. «Siempre pedí que llegara

uno. Sólo uno. Reducía el número para no pedir demasiado», dice Mireille que hoy tiene treinta y ocho años. Está casada con Victorien desde hace trece, y en todo este tiempo no ha “llegado” nada. Nada de lo que ella podía imaginarse. Algunos años antes de casarse conoce CL. «Ir a la iglesia era algo formal para mí. Nunca había sentido el deseo de seguir a Jesús, era muy abstracto. ¿Cómo podía amarle?». Y sin embargo Cristo la llamó detrás suyo, como a Juan y a Andrés: «Un día pregunté a dos chicas a dónde iban siempre cuando terminaba la reunión del coro. “Ven y lo verás”. Fui y el Misterio me abrió los brazos». Y añade: «He aprendido a observar, obedecer, dar confianza y dejarme educar. Si hubiera dependido de mí, me habría cerrado en todo lo que sentía». Cuando Victorien le pide que se case con él, ella le dice: «Tienes que saber que esta mujer con la que te quieres casar está “hecha” de la fe. Si me hubieses conocido antes, si supieras quién era antes, no querrías casarte conmigo». Le pone una condición, inimaginable en una cultura en la que el hombre es maestro y señor: «Nunca me impidas seguir el camino que me ha hallado. Porque ésta es mi vida con Jesús». Pero su vínculo con el movimiento decae durante cuatro años en los que el matrimonio sin hijos se vuelve insoportable. Y su deseo se convierte en una obsesión. Un día suena el teléfono: «Ven a ayudarme en el trabajo con los niños de la calle». Es el padre Maurizio, un misionero que tiene un centro educativo para chicos *nanga boko*, “los que

duermen fuera” y viven entre las calles y los calabozos de la policía. «Le dije a Victorien: “Déjame ir”. Era mi deseo de ser madre lo que buscaba una respuesta». Aquellos niños no queridos, poco estimados por padres polígamos y familias deshechas, o que habían llegado a la capital procedentes de las sabanas del norte, empiezan a ir tras ella llamándola mamá, y se van haciendo hombres a su lado. Pero esta no es la respuesta. «Allí encontré la compañía de Cristo, y me abrí al Misterio. Aprendí a mirar toda la realidad por lo que es: un don». Ya no cree a los que le dicen que el cristianismo es un cuento de blancos. Y su marido empieza a buscar para sí lo mismo que vive la esposa. En lugar de dejarla, se vincula aún más a ella. «Así he visto crecer nuestro amor». Crece también su deseo de tener un hijo. Mireille sigue pidiendo un milagro, pero el niño no llega. «¿Por qué?», grita hasta el agotamiento. Un día Victorien le dice que no lllore más: «Para mí tú vales más que diez hijos. Hoy me volvería a casar contigo». Para un hombre africano es imposible hablar así. «Sólo hay un motivo», dice ella: «Cristo está presente en nuestro matrimonio».

Esto se hace más evidente cuando el deseo parece concretarse en una respuesta. Otra llamada de teléfono que le cambia la vida: «Era la sobrina de mi marido. Esperaba una niña, y quería que la criáramos nosotros». Andrée está ahora con ellos: «Tenerla en brazos, tenerla en casa... Había llegado por fin, como la finalidad de toda nuestra vida», dice Mireille. «Pero no lo

es. Esto se me hizo claro una noche». Están cenando y el padre Marco, un amigo suyo, habla de sí mismo con lágrimas en los ojos: «Ya nada me basta. Quiero que Cristo tome toda mi persona, que lo tome todo de mí». Andrée está por ahí dando vueltas, ella se la sienta encima y la estrecha contra sí, sin apartar la mirada de Marco. «Era otro hombre. El deseo de darse dominaba su rostro. En ese instante, dejé de “sentir” a mi hija, esa hija que tanto había deseado. Era como si no estuviese. La mirada de Marco me “quitaba” aquella niña que tanto había deseado. Y era Jesús quien me tocaba. Me decía: ¿Qué buscabas, Mireille? Allí me descubrí a mí misma, que mi corazón desea más. Fui tomada con tal fuerza que entendí que ya no tengo excusas: Él lo es todo de mí. Y me quiere a mí.

La conciencia de sí, hasta llegar a la fibra más profunda, tiene tal potencia que está cambiando el mundo a su alrededor, aquí donde la gente corre a bautizarse con su vida todavía a merced de los espíritus. «He sido llamada, también con la experiencia de mi matrimonio, a decir a todos que Cristo está dentro de la realidad. Y que responde por completo a toda mi persona. Si no es así, no puede generar una persona nueva, y no puede hacer nacer una nueva cultura». También muchos de los chicos del Centro están bautizados, pero de la fe no saben nada. «Es en el momento en que descubren a Cristo de manera personal, dentro de la amistad, cuando cambia su mentalidad, la concepción que

tienen de sí mismos y de todo». Sólo esto es capaz de bloquear el poder de todo el mal en que han vivido y que han hecho. Joséf, quince años, abandonado en la selva durante meses. Cuando llegó al Centro nunca hablaba. Cuando alguien quería acercarse a él, huía. Vivía de robos y fumaba drogas. «Le preguntaba si no tuviera miedo de ir a la cárcel», dice Mireille. «Y él: “Me da lo mismo. Ni siquiera sé porque he sido parido”. Con el tiempo ha dejado de robar y de fumar». Otro es Ernesto, con los signos de los azotes en la espalda. La madre había muerto de sida y el padre nunca lo había conocido. «Caminaba con un cuchillo en la espera de encontrarlo. Se consideraba un hijo de la culpa». Mireille y Victorien lo han acogido en su casa. «Lo único que quiero es que cada uno de estos chicos no pueda decir más: nadie ha puesto una mirada llena de amor sobre mí». Porque es esta mirada que les desvela a ellos quienes son, la grandeza que “son”. Alidú es musulmán. Después de cuatro meses en el Centro, decidió irse. Lloraba: Aquí me han enseñado a vivir en familia. Y entendí cuánto fuera importante la mía. Mis padres dicen que no tengo que estar con los cristianos entonces vuelvo a vivir allá. Gracias por todo lo que han hecho por mí. Ya no puedo vivir más sobre cartones, en medio de la calle: soy un hombre». Y sólo así, diciendo “yo” convenció a otros diez chicos a dejar la calle.

Yo te espero

Mariella es una *Memores Domini*, una consagrada laica. Una amiga suya, una mujer joven, le dice: “Mi marido va con otra. Lo sé por cierto porque me avisó el marido de la otra. Entonces es algo seguro. Hablé con mi marido y él no me lo negó y también me ha dicho que no logra dejarla. Por eso mi matrimonio se ha acabado”. Y Mariela le pregunta: “¿Y por qué se ha acabado?”. La amiga: “Porque mi matrimonio es una relación con mi marido, mi marido tiene a otra, entonces se acabó”. Mariela: “No, tu matrimonio es una vocación y un sacramento, por eso es tu relación con Dios que te da a tu marido. Por eso su infidelidad vuelve mucho más dramática tu fidelidad, porque la hace mucho más necesaria. Porque tu matrimonio no es tu relación con él, es relación con Dios que te da a él. *Por eso hay algo más por el cual no puedes depender de su límite y de su error*”. Si te dijera me mañana me caso, ¿tú qué me dirías? Que no es esta mi vocación. Sin embargo, si yo te respondiera que las de mi comunidad son unas tontas, tú, ¿qué me dices? “Eh, que tu sigues este camino como relación con Jesús, a través de las de tu comunidad”. Mariella: “¿Y tu no?”.

Sigue Mariella: «Yo me quedé impresionada, porque esta mujer volvió a casa y le dijo a su marido: “Escucha. Yo te espero, aunque sea toda la vida si Dios me da la fuerza. Te pido sólo dos cosas. Tú haz lo que quieres, yo te protejo con los hijos en todo. ¿No quieres volver por la noche a dormir? Yo les digo que estás

fuera por trabajo. Pero yo de las 7 a las 7 y media tengo que ir a Misa porque yo para permanecer fiel tengo que recordarme que es Dios quien me ha dado tu persona; y la segunda cosa es que yo una noche por semana tengo que ir a cenar en la casa de Mariella. Entonces de las 7 a las siete y media y una noche por semana tú te quedas con los hijos. Por lo demás, haz como quieres”.

Durante un año siguieron así y yo me quedé impresionada por esta mujer porque se ha vuelto humanamente una gigante, los hijos no se han dado cuenta de nada. Después de un año, el marido viene a verme y me dice: “Tengo que haberme vuelto loco si encuentro la mujer más grande del mundo y me confundo por una mujerzuela [puttanella]”. Y éste también se ha vuelto un grande: él también entendió. Y me impresionó el hecho de que llevando al hijo en mi auto, él tiene 13 años, me dice: “Un papá y una mamá como los tengo yo no los tiene nadie. Me impresiona cómo se quieren”. Me impresionó porque todo se mantuvo de pie por ella.

Franco: el yo renace en un encuentro, y todo junto a él. Una plenitud por menos de la cual no vale la pena

Quería contarles muy simplemente cómo me he enamorado de la literatura y de mi trabajo de docente.

¡No vamos a la escuela para estudiar, sino para conocer! ¿Para conocer qué? Tengo 50 años, llevo 30 enseñando, pero aún vivo con una

intensidad extraordinaria por ciertos versos; aún vivo, cuando me levanto a la mañana, como vivía cuando tenía 16-17 años. Todo lo que he aprendido en los años siguientes ha sido el desarrollo de esa cuestión que se me ha planteado, de algún modo, cuando tenía la edad de ustedes.

A menudo les digo a mis alumnos y a mis hijos: lo que deciden ser entre los 15 y los 20 años lo serán para toda su vida. Sólo a precio de un enorme dolor se puede cambiar siendo adultos. La vida es el desarrollo de una semilla, de un planteamiento, de una posición que se decide ahora.

En estos años están apostando, de manera más seria de la que quizás puedan imaginar, sobre su futuro y sobre lo que serán durante toda su vida. Desde este punto de vista sean responsables, piensen en esto, no desperdicien el tiempo que es poco y que no sabemos cuánto tenemos (no lo digo por ser pesado, la vida es de verdad un drama, no sabemos lo que nos espera y el modo con el que lo afrontaremos depende de qué cosa decidimos ahora).

Lo primero que puedo decirles es una intuición que tuve sobre qué sería el estudio. Tengan presente que nadie va al colegio para estudiar, nadie trabaja para trabajar y nadie ama para amar; el fin verdadero de la vida es una pasión por uno mismo, es que uno se quiere a sí mismo, se ama a sí mismo, se quiere grande a sí mismo: esta es la razón por la cual uno se mueve, estudia, trabaja, ama, tiene hijos, hace sacrificios. No hay una razón si no es una

pasión por sí, por el propio corazón, por la propia persona, incluso porque como dice el Evangelio, no se pueden amar a los otros si uno no se ama a sí mismo, “ama al prójimo como a ti mismo”. Parecería una fórmula reducida, pero ¿por qué Jesús no ha dicho “ama a tu prójimo más que a ti mismo”? Porque no es posible, amas en el otro lo que amas en ti mismo. Amas en el otro el destino bueno que has descubierto para ti, amas en el otro las cosas bellas, grandes y verdaderas que te han sido dado ver y encontrar; si no las amas por ti, no las amas ni siquiera por lo otro. No es posible amar si no es así: la pasión que sentimos por los otros, por la realidad, es proporcional al cuidado que tenemos por nosotros mismos. Eso es: uno estudia porque cuida de sí mismo, porque se tiene pasión a sí mismo.

Esto me pareció comprenderlo por primera vez cuando cursaba el sexto básico. Tenía una profesora maravillosa, en el sentido también que era la mujer más hermosa que he conocido en mi vida y esto seguramente ha facilitado mi amor por el estudio. Ella tenía 20 años o poco más, pero era una gran profesora, apasionada por las cosas que enseñaba. Y yo, en sexto, ¿qué tenía que hacer? ¡Si se tiene que estudiar, se estudia! Incluso estudiaba algunas partes de memoria, aunque no entendiera bien por qué había que estudiar de memoria. Lo comprendí aquel verano, porque mi padre se enfermó gravemente y, como era el cuarto de diez hijos, ese verano desde el primer hasta el último día

de las vacaciones trabajé en Bérghamo, en la ciudad. Ya sea para ahorrar, ya sea para no tener el problema del transporte, me mandaron a trabajar como mozo en una tienda de fiambres, donde me quedaba en la casa de los patrones, desde el lunes a las 6 hasta el sábado por la noche. Fue mi primer exilio: fue fatigoso, lloraba, también porque eran “patrones” a la antigua, trabajaba 12 horas al día, me sentía puesto a dura prueba. Recuerdo como si fuera hoy este episodio: terminado el turno de 10 horas me pidieron descargar el camión hasta tarde, llevaba unas cajas de agua y vino por una escalera empinadísima en la oscura bodega. Yo lloraba y estaba mal. Recuerdo como si fuera ahora que nació allí mi descubrimiento por la literatura (y además del porqué valía la pena estudiar de memoria. La memoria es verdaderamente algo fantástico, es un almacén en el cual metes cosas y después se encarga ella, cuando llega el momento bueno, respecto a lo que estás viviendo, de pescar aquel verso, aquella poesía, aquel recuerdo que es útil para iluminar la experiencia que estás viviendo: ésta es la cosa grande que hace la memoria. Si en el almacén no hay nada, frente al presente no te viene nada a la mente; si el almacén está lleno de cosas bellas que has estudiado, aprendido de memoria, la vida se vuelve algo increíble: cualquier cosa acontezca, la memoria va a repescar aquel verso que te ayuda, ilumina lo que te ocurre en el presente).

Bajaba esta escalera y cuando iba en la mitad

fu iluminado por un terceto de Dante: de improviso me viene a la mente uno de esos aborrecidos fragmentos de la *Divina Comedia* que había estudiado de memoria. Es el fragmento donde Dante encuentra a su tatarabuelo Cacciaguida y éste, profetizándole el exilio -precisamente como yo, lejano de casa-, le dice: “*Probarás el gusto a sal/ del pan de otros, (qué amargo es el pan del exilio), y qué dura calle/ es bajar y subir las escaleras de otros*”. Quedé como de piedra, por primera vez lloré de alegría, en el sentido de que el primer pensamiento que tuve fue: Dante, 600 años antes que yo, describió en un terceto, de un modo perfecto, lo que yo sentía en ese momento. Fue una alegría irrefrenable, dije: habla de mí. Nunca entendí por qué debía estudiar la *Divina Comedia* y descubro que habla de mí, éste es lo que genera el supremo interés por todo lo que se estudia.

Después, más uno crece más el abanico se hace más amplio: ya no es sólo la pasión por la literatura, si no que se vuelve una pasión por el cine, las ciencias naturales, la astronomía... se quisiera conocer todo. Pero es partiendo de esto: que todo, de algún modo, habla de ti. No hay nada, desde una hoja de hierba hasta la gran poesía, que no me interese. *Inter-esse* en latín quiere decir estar adentro, el interés es el descubrimiento de que tû estás adentro. ¿Por qué te interesa una poesía? Porque habla de ti, el tema eres tú. Mi primer gran descubrimiento de la vida ha sido este interés: una poesía de Dante hablaba de mí.

Volví a casa y me puse a leer de un modo irrefrenable, a estudiar muy en serio. De golpe me gustaba, fue como si el aburrimiento que sentía el año anterior hubiera sido barrido lejos. ¿Por qué frente a un cuadro, a una música, a una película, a una bella mujer, te quedas con la boca abierta y dices que es hermoso? ¿Qué te hace afirmar que es hermoso? Es decir, ¿qué es el arte? El arte es la capacidad que alguien tiene de hablar de ti. Te quedas con la boca abierta porque tiene que ver contigo. Porque lo hubieras querido decir tú, hacer tú; el autor que leo me interpreta mejor de cómo me interpreto yo a mí mismo.

Luego las circunstancias se dieron de tal forma que -no obstante terminé octavo jurando, en las manos de la hermosa profesora, que sería profesor de italiano, porque la vocación me nació allí, en las escaleras, ese día (no habría podido amar la literatura si no hubiera encontrado a esa profesora, solo no lo hubiera logrado jamás)-, comencé la secundaria con 4 meses de atraso porque mi padre me quería mandar a trabajar, pero los profesores hicieron casi una procesión hasta mi casa para convencerlo. Él se conmovió y decidió mandarme a la escuela y yo contentísimo, soñaba estudiar en la Universidad. Mi padre me dijo que no lograría pagar cinco años de estudio, máximo dos o tres años, así que me mandó a una escuela para secretarias de empresa. Resistí durante un mes. Recuerdo cuando entró el profesor de estenografía, se paró frente al pizarrón y comenzó a hacer

garabatos incomprensibles. Allí comprendí que no era mi camino, así que comencé a guardar las cosas en el bolso y con elegancia me acerqué hasta el escritorio del profesor y le dije que pensaba que me había equivocado de escuela. Desde ese día no me vieron más. Fui a casa y le dije a mi papá que comenzaría a trabajar. De este modo se convenció e intentamos el camino del liceo, el clásico no podía (problemas burocráticos), entonces me decidí por el científico porque, de todos modos, había materias que me gustaban.

Resistí dos años, pero luego no pude más, porque contemporáneamente en esos dos años de liceo tuve una crisis: tenía dentro mío una pregunta radical que me alejó ante todo de la fe. Eran los años del 68; y de este punto de vista me siento afortunado. Ustedes son más desafortunados porque viven en un mundo donde todo se conjura para hacerles enterrar las preguntas más hermosas que tienen dentro. En cambio yo viví esa generación donde todo apuntaba a sacarlas afuera, aunque duró poco porque todo se deslizó a un plan político.

En esos años era normal ir en micro al colegio, sentarte al lado de un chico que no habías visto nunca y hacerse amigo de él, porque le preguntabas seriamente: “Pero ¿tú estás contento con la vida que tienes? ¿Por qué vas al colegio?”. Eso es: yo pertenezco a esa generación que durante dos o tres años se sostuvo en esta pregunta cuestionándose porqué se siente ese gusto amargo en la boca. Entonces yo estaba malísimo, pasaba las

noches vagabundeando solo, perdí mis amigos porque decían que estaba loco. Yo los desafiaba sobre esta cuestión, no les daba tregua, quería una razón por la cual valiera la pena venir al mundo: no me bastaba el oratorio, la pelota, el taca taca, tampoco la mujer te basta.

Vagabundeaba solo por la noche leyendo a Leopardi y a Pirandello. En cierto momento empezó a darme mucho asco ir al colegio porque no había ningún profesor que tomara en serio esa pregunta que tenía. La única cosa que tenía clara era que iba al colegio para plantear esta pregunta, todo lo demás no me importaba nada.

Claro, tenía ese vago recuerdo de Dante, pero estaba sofocado por un dolor más grande. En cierto momento dejé el colegio. Le dije a mi padre que no estaba bien, además era necesario que trabajara porque mi padre había perdido su trabajo, entonces fui a trabajar en una fábrica para dar una mano en casa. Sin embargo, sentía dentro esta pregunta que me roía; sí, estaba contento de poder dar una mano a los míos, pero esta pregunta no me dejaba tranquilo.

Hasta que un día cedí ante la insistencia de algunos amigos que me arrastraron a los tres días con GS, los secundarios de Comunión y Liberación. No tenía la menor idea de qué era CL. Fui a Pesaro, ya sea para descansar porque estaba muy cansado, ya sea porque vería por primera vez el mar (que, entre otras cosas, no pude ver porque íbamos del albergue al estadio

y del estadio al albergue). En estos tres días aconteció un milagro. No sé qué significado les dan ustedes a esta palabra -milagro-, pero pienso que es la palabra más adecuada. Después de esos tres días volví a casa y era otro. Tenía la sospecha de que Dios existiera: esa pregunta, que llevaba dentro de un modo tan radical, allí había sido estimada como algo razonable, ¡esto me impresionó!

Esos tipos que hablaban -todavía tengo en casa los apuntes: primera charla del padre Luigi Giussani; segunda charla del padre Francesco Ricci; tercer charla del padre Luigi Negri-, esos tres tipos, allí, por primera vez, estimaban mi dolor, estimaban mi sufrimiento, estimaban mi pregunta. Aún más, me decían: “Tú que tienes esta pregunta, eres el único que piensa de verdad, estás en el buen camino, ve hasta el fondo. No tomes en cuenta a ese mundo de adultos cínicos y perversos que te dice: si tienes alguna pregunta, quédate tranquilo y verás que se te pasa”.

Esta era la cosa que más odiaba: si tu tienes dentro una pregunta de sentido, un adulto no puede permitirse decirte: “Se te pasará”. La única cosa que tenía como verdaderamente mía, porque todo el resto me parecía basura, era que quería ser feliz.

Les decía a mis amigos de entonces, y ellos podrían testimoniario: “Quiero entender, deben decirme porque es fatigoso vivir, por qué es un drama la vida, qué es esta realidad que está a mi alrededor, deben explicármelo”. Si me hubieran dicho: “Mira, Franco, en África hay un

brujo que tiene la respuesta a tu pregunta”, hubiera partido incluso a pie, porque no tenía nada que perder. Si no tienes el sentido de las cosas ya lo has perdido todo. ¿Qué tienes que defender? Y yo sentía que ya lo había perdido todo: había perdido a mi padre, a mis hermanos, a mis amigos, la razón por la cual estudiaba.

Hay un hecho interesante que expresa cuanto fuera muy serio cuando decía que “todo es basura”. Nunca fui muy hermoso, pero alguna chica que estuvo detrás mío la tuve; me acuerdo de una en particular -la llamaré María-, hermosa, verdaderamente hermosa, me hacían enloquecer sus ojos azules, los recuerdo aún hoy. Ella me había dicho que también estaba interesada en mí. Una noche quise hablar con ella y le dije: “Déjalo, porque tu me gustas de verdad, pero vuelve dentro de un tiempo”. Tenía 17 años y esto fue antes de Pesaro, antes del encuentro. Le dije así: “Estoy en la mierda hasta el cuello, y como me parece de delincuentes arrastrar en la mierda a una buena chica como tú, quédate lejos de mí, soy un peligro”.

Una vez, un cura me había enseñado que cuando uno le dice a una persona: te quiero [bien], quiere decir que quiere su bien. Le dije a María: “Yo no sé ni siquiera qué es el bien para mí, ¿cómo quieres que sepa qué es el bien para ti? Rechazo pololear contigo, porque te arrastraría dentro de un desastre, vuelve cuando en la vida logre decir, con algo de seriedad, qué es el bien para mí, entonces sabré

decirle a una mujer 'Te quiero [bien]'; sin embargo, hasta que no llegue ese momento, yo no me tomo la responsabilidad de llevarte en la mierda conmigo”.

Esto, ciertamente, era herencia de una educación que había recibido de mis padres, si bien yo estaba convencido de que no se podía amar, por la misma razón por la cual no tenía una razón verdadera para estudiar.

Pongámoslo de manera positiva: si descubren la razón por la cual vale la pena estudiar, han descubierto también la razón por la cual vale la pena amar; las dos cosas, les juro, van juntas. En el fondo, hay una sola razón que sostiene y rige todo, el amor por la mujer, el amor por los amigos, el amor por el estudio, el amor por los pobres del tercer mundo. El amor está o no está. Si está lo abraza todo, si no está, de todos modos estás en la mierda, aun cuando piensas que quieres a una mujer. Ésta es para mí una regla absoluta.

Volví de Pesaro como quien ha recibido un milagro, con la sospecha de que Dios existiera, recuerdo aún en mi primera escuela de comunidad d (éramos más o menos una decena) les dije a los otros nueve que habían estado conmigo en Pesaro: “Escuchen, ustedes me hicieron entrar la duda de que Dios existe; pero ahora me lo deben hacer ver, ahora Lo quiero ver”.

Bien, desde ese 29 de septiembre de 1972, cuando volví de Pesaro, hoy comprendo que todos los demás los años fueron el desarrollo de ese momento. Tengo 51 años, me levanto por la

mañana y les aseguro que es como cuando tenía 17 años, pregúntenles a mi esposa, a mis hijos: me levanto y abro la ventana y le pido a la realidad que me muestre su significado. Yo quiero amarla, la realidad. Tengo interés por la realidad porque me intereso por mí; yo quiero ser grande, grande: ser grande quiere decir ser capaz de abrazar toda la realidad, de abrazar las cosas.

Quiere decir poder repetir a una mujer después de 25 años de matrimonio “te amo” con aún mayor frescura e intensidad que la que tenía cuando se lo dije por primera vez. Poder leer una poesía y conmoverme, como cuando tenía 17 años y daba vueltas solo como un loco. Yo vivo de aquellos tres años, de como se me ha planteado la vida en aquellos tres años. Lo que me sorprendió e impresionó es que había comprendido que había sucedido algo grande, algo poderoso para mi vida!

Desde que volví de Pesaro, de golpe me encontraba enamorado del estudio, volvió a nacer dentro de mí una pasión: intenten imaginar que uno vuelva con la sospecha, es más, casi con la certeza de que las cosas que ha visto y escuchado tienen que ver con él. Me puse verdaderamente a estudiar y a leer con una pasión de la cual no tenía idea, descubrí que todo verdaderamente hablaba de mí desde el más pequeño literato, todo hablaba del interés que yo tenía por las cosas.

Junto a esto me enamoré perdidamente: se había derrumbado la incertidumbre, la duda

que tenía sobre la relación con las mujeres, sobre la posibilidad de amar. Fui a mi primera escuela de comunidad y allí, al alba de mis 17 años, la vi: ella, Gracia, hoy mi mujer. Me enamoré perdidamente, precisamente yo que un año antes le había dado aquella respuesta a María. Yo que teorizaba que el amor entre un hombre y una mujer era imposible. Yo que sentía náuseas y ganas de vomitar frente al estudio, volví y me puse a estudiar muchísimo, enamorado de todo lo que leía. Yo que teorizaba que con las mujeres no funcionaba me enamoré perdidamente de esta muchachita de 15 años; que tuvo la gran sabiduría -Dios la bendiga por la eternidad- de decirme que no durante 4 años. ¡Tuve que ganármela! Cada dos por tres iba a su casa y le decía “estoy aquí”, es más, se lo dije unas escuelas de comunidad después. Dos o tres semanas después [de volver de los ejercicios de Pesaro], durante una escuela de comunidad se levanta un tal por cual que dice públicamente que se había enamorado de Gracia. Entonces pensé: “éste me la va a quitar”. Entonces yo también levanto la mano y digo: “Yo también quiero hacer una intervención. Yo también me enamoré de Gracia”. Te salvas como puedes, intenté poner el parche antes de la herida... Después, cuando la acompañé a casa, me dijo: “Escucha, pon una cruz sobre nosotros”. Le pregunté si de todas maneras podía esperar, y ella me repitió que no esperara. De vez en cuando lo volvía a intentar, cada uno o dos meses, con un poco de discreción, le decía: “yo estoy aquí”. Se me

había metido en la cabeza la idea que me habría casado con ella o con ninguna, y cada tanto se lo recordaba... y la cosa siguió así.

Todo lo que aprendí de sus “no” en esos 4 años (hasta los veinte años, cuando me dijo “sí” inesperadamente, de improviso, en un día cualquiera: son las cosas que hace Dios. No tengo recuerdos de los tres días siguientes, tanto estaba ido...) ha sido una cosa grande, que me salvó el pellejo. Todavía la agradezco por aquellos “no”. Me permitió invertir, como es justo que sea a la edad de ustedes. Ustedes tienen el derecho de volverse grandes y, como una relación afectiva sería requiere mucho en términos de energía, de tiempo, psicológicamente, tienen el derecho de invertir todas sus energías intelectuales, de dinero, de tiempo, en volverse grandes; grandes, es decir libres: libres de vivir a trescientos sesenta grados todas las ocasiones, todos los encuentros. No tienen que dejarse escapar ninguna cosa bella que les suceda en la vida. Tienen el derecho de tomar lo mejor de la vida, para poderse presentar “grandes” ante una mujer. Después, cuando empezamos a ser novios, Gracia y yo, ¡fue verdaderamente bello! Como novios nos veíamos una vez al mes; vivíamos a cien metros de distancia, pero nos veíamos sólo una vez al mes, porque yo sobre esta cosa lo había apostado todo. Yo le decía: “Querida Gracia, quiero casarme con la mujer más grande del mundo! Por menos, no me caso. Y tú tienes el derecho de casarte con el hombre más grande del mundo. Por menos de esto, no

te cases conmigo. Yo no quiero terminar como nuestros amigos (y le nombraba algunos) que por el hecho de tener la polola tienen comprometidos el martes, el jueves, el sábado por la tarde y el domingo por la noche. ¡Yo no quiero esa lápida sobre mi vida! Yo no quiero hacer de mi vida una tumba. Éstos ya están muertos, ya son cadáveres”.

Mientras tanto, ella ya trabajaba, yo estudiaba, dos vidas distintas, pero ésta ha sido la grandeza; yo veía a Gracia una vez al mes y cada mes me parecía una mujer distinta, más grande! Me contaba cosas que había hecho, encuentros, responsabilidades que había asumido, la presencia en el mundo del trabajo, y yo la veía volverse grande delante de mis ojos. En síntesis, el encuentro con Comunión y liberación para mí significó un amor a mí mismo tan fuerte y tan poderoso que me hizo volver a enamorarme de las dos cosas más importantes de la vida: el conocimiento, -yo quería conocer las cosas, la realidad- y el amor -yo quería una mujer, pero una mujer verdadera y una relación absolutamente verdadera, es decir donde se pusieran en juego mi felicidad y la suya, mi destino y el suyo. De otra manera, los dos se tratan como el perro y la perra, y a mí esto no me interesaba; porque puede haber un interés por una mujer también porque te gusta -porque es bonita, porque es rubia..., sin embargo, en el transcurso del tiempo a cuántos he visto terminar mal, porque al final todas estas cosas no permanecen! Es más, cuando empiezas a tener la sospecha de

que el otro está contigo sólo porque le gustas, sientes que el otro te utiliza, y entonces empiezas a cansarte, es más, llegas a odiar esa relación donde te sientes utilizado. Sin embargo, si el otro está contigo para acompañarte, para darte una mano para caminar hacia tu destino, ¿entienden que es otra cosa? Comprenden que entonces los ojos azules o los cabellos rubios o el resto son la ocasión inicial a través del cual Dios te hace interesar a una mujer para que pudiera ser compañera a tu destino, ¿es totalmente otra cosa! El amor por el estudio y el amor por las mujeres, o sea el amor por la vida es uno sólo, y si funciona el primero, funciona también el segundo.

Lo demás fue sencillo. Estudié, luego rendí el examen final como alumno libre, estudiando los sábados, los domingos y por las noches. Después estudié en la universidad mientras seguía trabajando, nunca cursé en la universidad, solamente iba a rendir los exámenes; tenía que trabajar. Sin embargo, al final logré recibirme de profesor de literatura.

Quisiera ponerles ahora 2 ó 3 ejemplos de cómo después, al estudiar literatura, todo eso que he intentado decirles emergió de un modo absolutamente clamoroso.

Tengan presente que casi siempre he enseñado en los cursos a contadores de Bérgamo, de un bajo nivel cultural, hijos de empresarios que habían “surgido”... mucha plata y poca instrucción, destinados a continuar la empresa

del padre, el italiano para ellos era el primer idioma extranjero (todos hablaban el dialecto)... Para ellos el máximo resultado que podían lograr en la vida era recibirse de contadores, única lectura “La Gaceta del deporte” o al máximo “El Sol 24 Horas” [diario de perfil financiero]... Yo entendía que mi tarea de enseñante sería la de hacerlos enamorar del estudio, hacer nacer en ellos la pasión por estudiar, por leer. Por eso solía empezar el año leyéndoles la *Carta a Francisco Vettori* de Nicolás Macchiavello, una parte que yo amo muchísimo y que contiene, a mi parecer, uno de los pasajes más hermosos sobre qué es estudiar. Aquí Macchiavello -que en este momento está en el exilio- cuenta a su amigo cómo pasa la jornada: por la mañana hago esto, luego almuerzo en la hostería, por la tarde esta otra cosa. Después añade: *“Al llegar la noche, retorno a casa, y entro en mi estudio y en la puerta me saco la vestimenta cotidiana, llena de barro y de lodo [finalmente hay un punto en el cual puedo dejar la mierda en la cual se vive normalmente todo el día, la propia cotidianidad], y me pongo ropas reales y curiales [me visto de rey, yo allí soy el rey, soy el señor de las cosas], y revestido adecuadamente entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres, donde, recibido por ellos amorosamente, me alimento de esa comida, que sólo es mía, y que yo nací para ella [La conciencia de aquello que me roía dentro cuando era niño, cuando era joven. Esa comida por la cual hemos venido al mundo, para*

conocer la realidad, amarla y servirla (servirla, se comprende cuando grandes)]. *Donde yo no me avergüenzo de hablar con ellos*".

Esto es el estudio: hablar con la gente, dialogar con los "antiguos hombres", con los sabios que nos han precedido, que han tenido la misma pregunta. Como para mí en aquellas escaleras con Dante; interrogar a los grandes hombres que nos han precedido y ver su tentativa. Es como preguntar a Dante: ¿pero tú como has hecho, tú que tenías esta misma pregunta, cómo has hecho para responderla?

Preguntarles las razones de sus acciones, y ellos, por su humanidad, me responden; por su humanidad, es decir por el elemento que tenemos en común, el corazón. Por el corazón que tenemos en común ellos me responden y yo durante 4 horas no siento el tiempo, ningún aburrimiento, no temo ningún afán, no me espanta la muerte y me transfiero todo en ellos: esto es estudiar. Un diálogo con los antiguos que, sin embargo, presupone que te quieras a ti mismo, que te cuides, que vivas con tu corazón en la mano. Sepan que es durísimo en el mundo de hoy, es más duro de lo que fue que para nosotros y los comprendo cuando les cuesta, porque la fatiga que sienten es mayor que la que hice yo, porque hoy todo se conjura para olvidar esas preguntas, para no tomarlas en cuenta.

En efecto, ¿por qué estamos juntos, por qué han hecho una jornada como ésta? ¿Por qué participan en los secundarios? Aunque hubieras venido aquí por primera vez, ¿por qué

has venido? Porque finalmente has encontrado a personas que estiman tu pregunta, que estiman tu corazón en un mundo que se conjura para hacértelo olvidar. Ten en el corazón a tu corazón, cuida de ti mismo, esto te dicen los amigos con los cuales estás aquí, esto es lo único que también puedo decirte yo, este tenerte en el corazón a ti mismo. De tal manera que se comienza a sentir que todos los que se han vuelto grandes en la historia de la humanidad, cualquier artista, cualquier genio, no hizo otra cosa que ésta: tenerse en el corazón a sí mismo, y por esto ha sabido tocar las cuerdas de su humanidad y de sus experiencias que, cuando las haces sonar, como un diapasón, hacen vibrar las tuyas: sientes que el corazón está hecho del mismo modo, del mismo idéntico modo. Tomemos el muy conocido comienzo de la *Divina Comedia* de Dante:

*En el medio del camino de nuestra vida
me encontré en una selva oscura
porque el recto camino había perdido.
Ay, qué duro es decir cómo era
esta salvaje y áspera y espesa selva
tanto que al pensar se renueva el miedo!
Tan amargo es que es casi como la muerte.*

Chicos, díganme si han hallado una definición mejor de lo que ustedes son, de lo que todos somos. Perdidos, perdidos en una selva oscura; quiere decir que estás en una oscuridad, porque todo te es enemigo, por eso todo te da

miedo, y es una experiencia tan amarga y tan tremenda que se asemeja a la muerte. Se puede morir de este miedo incluso a los 15, a los 17 años. Entonces dices: pero chicos, ¿alguna vez sintieron hablar con tanta verdad sobre su vida? ¿Por ejemplo cuando se van a la cama, la noche del sábado o del domingo, como dice el gran Leopardi en la poesía “El sábado del pueblo”, con el sabor amargo en la boca porque la fiesta no ha mantenido la promesa que parecía contener? La espera del sábado jamás se cumple el domingo; se sienten desilusionados y les dan ganas de gritar, como Leopardi: *“Oh, naturaleza, oh naturaleza, por qué luego no das lo que entonces prometes? ¿por qué tanto engañas a tus hijos?”*. ¿No sienten como si describiera la experiencia de ustedes de cada día? ¿No les interesaría dialogar con este hombre que tiene el coraje de decir: *“Pero para hablar del bien que allí encontré, diré las otras cosas que allí divisé”* (Dante).

Si a la edad de ustedes hubiera escuchado a un adulto que me hubiera dicho: “estoy metido en la mierda, sin embargo, dentro de este mal llegué tan hasta el fondo que encontré el bien: el que quiere, que me siga”. Yo a uno así, se los repito, aunque tuviera que ir hasta el centro de África a pie, lo sigo, porque es la única posibilidad.

¿Les interesa hacer juntos este recorrido? Y después Dante sigue adelante y dice que la vida sería más hermosa si hubiera la luz, porque en la luz se comprenden las cosas, pero la luz no está, somos todos ciegos, somos todos como el

ciego de nacimiento, apoyados a la pared que gritamos “Señor, ten piedad de mí”, porque no vemos las cosas.

Hoy, a los 50 años, comprendo que no tengo más tiempo de tener otros títulos universitarios, pero me enojo conmigo mismo por lo mucho que soy ignorante. No entiendo la música, no he recibido una educación musical y me duele muchísimo, mis hijos me adelantan: escuchan una música y la comprenden. Yo escucho una música y es un rumor, no la leo, no la entiendo, soy sordo. Eso es, somos todos así, miramos las cosas pero no las vemos: no las encuentras, no las conoces de verdad. Miras una montaña y no comprendes nada, para ti son todas iguales, son jorobas del terreno. Me gusta tremendamente cuando llevamos de paseo a nuestros alumnos del secundario, con Armando que es un genio en estas cosas y los ayuda a leer las montañas, los árboles, las hojas, los insectos: cosas de no creer! Él ve las cosas, yo me enojo porque no las veo. Piensen que se puede estar con una mujer y no verla jamás durante toda la vida, no ver jamás lo que exactamente es. En cambio yo quiero poder ver las cosas y “poseerlas”, darles su nombre, por eso en el límite de lo posible abrazarlas, amar las cosas, volver el tiempo constructivo, lleno de alegría [letizia], lleno de bien. Entonces les digo a mis alumnos: pero, ¿si hay alguien que dice que lo ha logrado, a ustedes no les interesa ir detrás de él? Y entonces empezamos con la lectura de la *Divina*

Comedia. Les haces encontrar a este hombre que dice que la luz está, que sería hermoso si la luz estuviese y lo intenta todo envalentonado; no lo logra porque una loba, un león y una hiena le obstruyen el camino.

Les digo a los muchachos: ¿cuántas veces han probado a salir de este drama solos, por sí mismo? No lo logramos porque hay un vicio que tenemos dentro incurable; o, mejor dicho, curable, pero sólo bajo ciertas condiciones: hay una debilidad en nuestro corazón por la cual intuimos qué hermosa debería ser la vida, pero solos no lo logramos. Existe esta debilidad que se llama pecado original. Entonces quiere decir que si queremos ser leales hasta el fondo tenemos una sola posibilidad. En el peor momento de nuestra vida, cuando precisamente vemos que no lo logramos, tener al menos la lealtad de gritar, como lo hace Dante, cuando estaba por ser empujado a la selva oscura *“Mientras que me perdía en este valle [mientras estaba hundiéndome] frente a mis ojos se me ofreció [un encuentro gratuito, imprevisible, una oferta no merecida] alguien que parecía mudo por su largo silencio. Cuando lo vi en aquel desierto 'Miserere de mí' [ten piedad de mí], le empecé a gritar”*. La primera palabra de Dante, personaje en la *Divina Comedia* es *“Miserere de mí”*. Les digo a los chicos: es lo único que podemos hacer, gritar que alguien tenga piedad de mí, que alguien me dé una mano para salir afuera.

Aquel que Dante encontró es Virgilio, quien le explica: tienes razón, estás hecho para la luz.

Tienes absolutamente razón, yo estimo tu deseo, pero has equivocado el camino, el método es equivocado; he venido para ofrecerte el camino justo. Si quieres venir conmigo, recorreremos juntos todo el infierno del cual estás hecho, o sea, todo el mal del que eres capaz. Recorreremos juntos una posibilidad de expiación. Después te aventurarás en el increíble encuentro con la verdad, la belleza y el bien, porque en la vida es posible conocer la verdad, la belleza y el bien. Volverás a la tierra completamente nuevo, a decir a los hombres que la vida es grande y positiva, que la última palabra no es la selva oscura, sino una luz infinita, una belleza infinita.

Leopardi, que yo siento de una grandeza extraordinaria -lo leía solo, a los 15 años, después comprendí que está en el vértice de la cultura europea. Antes de su caída, del ceder a la nada, al nihilismo que devastaría Europa, incluso desde el punto de vista físico, material (las guerras, los gulags...) se había erigido un hombre jorobado y deforme, enfermo, solitario en su absoluta grandeza-, decía que no conocemos el porqué de las cosas, no sabemos responder a la única pregunta a la cual vale la pena responder: "Y yo, ¿quién soy? Uno lo tiene allí, sobre la mesita de luz, y durante toda la vida lo lee, agradeciéndole a Leopardi que le mantenga abierto el cerebro, que le mantiene abierta la pregunta, porque cuando esta pregunta se cierra, todo se termina.

El fin de nuestra amistad, el objetivo por el cual estamos juntos, la razón de lo que he hecho

durante estos 30 años, es sólo porque me mantiene abierta esta herida, hace que esté abierta y por eso me hace capaz de conocer las cosas.

La poesía que leo con más gusto es una poesía que no está en las antologías. Se llama *Al Conde Carlo Pepoli*. Es algo increíble, dice las cosas que he intentado decirles de un modo mucho más hermoso. Hablando de los jóvenes, dice que el sentimiento que prevalece en el hombre, aquel sentimiento que lo hace grande, es el aburrimiento, es decir el sentimiento de desproporción que hay entre la espera del corazón y la realidad que traiciona esta espera. Él, pobre, no era cristiano, no sabía que detrás de la realidad está escondido su significado, no lo supo ver (ésta es la gran idea cristiana de sacramento: dentro de la realidad está escondido su significado), por tanto dice que la vida es un aburrimiento mortal, un aburrimiento que nos acompaña siempre; porque la realidad sin significado es verdaderamente fea. Describiendo la vida de los jóvenes de su tiempo, dice proféticamente:

*“Él rinde culto a los vestidos y a las cabelleras
y a los actos y a los pasos, y a los estudios
vanos
de mimados y de caballos, y a las frecuentes
salas, y a las ruidosas plazas, y a los jardines,
juegos y cenas y danzas envidiadas
toda la noche y todo el día lo entretienen; jamás
pierde
la sonrisa de los labios, ay, pero en el pecho,*

*en lo profundo del pecho, grave, sólida, inmóvil
como columna adamantina, se sienta
inmortal aburrimiento, contra el cual nada puede
el vigor de la juventud, y no la derrumba
dulce palabra de rosado labio.
Y ni siquiera la mirada tierna, temblorosa,
de dos negras pupilas, la querida mirada,
la cosa mortal más digna del cielo”.*

Ésta es la cosa más grande que pudiera escribir: pasan el día entre juego, “danzas envidiadas”, con las bonitas, con las feas, siempre contentos como deficientes.

Este “aburrimiento inmortal” no es destruido, no es sacudido, ni siquiera por “dulce palabra de rosado labio”: de todas las cosas que en el mundo nos pueden suceder, la más hermosa, la que nos lleva más cerca del paraíso es enamorarse. Esto es lo que comprendí cuando le dije aquello que dije a María. No es porque seas joven que sientas menos esta inquietud; al contrario, la naturaleza al menos hasta los 20 años aún se las hace sentir: después con la edad se sepulta.

Otro ejemplo que quería hacer es una obra un poco desconocida de Pirandello, *Los Cuadernos de Serafino Gubbio*. Escuchen qué grande es cuando escribe:

“Estudio a la gente en sus más ordinarias ocupaciones, a ver si logro descubrir en los otros lo que a mí me falta en cada cosa que hago: la certeza de que entienden lo que hacen
[Necesitamos sólo una cosa, la certeza de lo que

hacemos, es decir una certeza sobre la realidad]. *Al principio, sí, me parece que muchos la tienen* [miren a su alrededor, piensen en sus compañeros, pero también en ustedes mismos, parecemos siempre muy seguros de lo que hacemos] *por el modo como entre ellos se miran y se saludan, corriendo acá o allá, detrás de sus asuntos o de sus caprichos. Pero después, si me detengo a mirarlos un poco dentro de sus ojos* [si te detienes un instante y alguien te mira un poco fijo a los ojos, te enojas] *con estos ojos míos atentos y silenciosos, entonces enseguida se resienten. Es más, algunos se extravían en una perplejidad tan inquieta, que si por poco yo siguiera escrutándolos, me insultarían o me agredirían* [Éste es el problema: como dice la verdad es mal visto por el pueblo, por la multitud porque pone las preguntas justas, las que hacen estar mal]. *No, tranquilos. Me basta esto: saber, señores, que tampoco para ustedes es claro ni cierto ni siquiera ese poco que les viene determinado por las habitualísimas condiciones en las cuales viven* [No están seguros de nada de lo que viven]. *Hay un más allá en todo. Ustedes no quieren o no saben verlo. Pero apenas, apenas este más allá relampaguee en los ojos de un ocioso como yo, que se pone a observarlos, entonces, se extravían, se turban o se irritan. También yo conozco el dispositivo externo* [se llama olvido, Giussani lo ha llamado “descuido del yo”], *quisiera decir mecánico de la vida que fragorosa y vertiginosamente nos atarea sin descanso. Hoy, así y así; esto y esto otro que hacer; correr*

acá, con el reloj en la mano, para estar a tiempo allá. -¡No, querido, gracias: no puedo!- -¿Ah, sí, de verdad? ¡Dichoso tú! Tengo que escapar... -A las once, la merienda. -El diario, la bolsa, la oficina, la escuela... -¡Lindo día, qué lástima! Pero los negocios... -¿Quién pasa? Ah, un coche fúnebre... Un saludo, a las carreras, a quien partió. -El taller, la fábrica, el tribunal... Nadie tiene tiempo o modo de detenerse un momento a considerar, si lo que ve hacer a los otros, lo que él mismo hace, es verdaderamente lo que sobre todo le conviene, lo que le pueda dar esa verdadera certeza, en la cual solamente podría encontrar reposo. El reposo que nos es dado después de tanto fragor y de tanto vértigo está cargado de tal cansancio, ensordecido por tanto aturdimiento, que ya no nos es posible recoger un minuto a pensar. Con una mano nos sostenemos la cabeza, con la otra hacemos un gesto de borrachos. - ¡Distraigámonos! Sí. Más cansadoras y complicadas que el trabajo encontramos las diversiones que se nos ofrecen; tanto que del reposo no obtenemos otra cosa que un crecimiento de cansancio”.

Si uno lee una página así no se la olvida más por el resto de la vida: no se encuentra un momento para detenerse y pensar si lo que estamos viviendo conviene de verdad, o sea si se cultiva una certeza en la cual solamente nuestro corazón podría encontrar reposo.

Entonces uno comprende porqué se pone junto a los otros, porqué existe el movimiento, porqué existe la Iglesia: como tú vivirías en este olvido

absurdo, donde hasta el reclamo más grande de Dios, el amor, puede pasarnos por delante sin que tomemos conciencia de ello, estamos juntos para que alguien te diga: para, levanta la cabeza, pon tu corazón en la mano y escúchalo. Haz esto, cuida de ti mismo, date tiempo para escuchar tu corazón y ve detrás de él. Éste es el único fin por el cual Dios nos ha puesto juntos; si Dios pone juntos a un hombre y a una mujer es por esto y por menos que esto no vale ni siquiera la pena casarse. Este es el único fin por el cual vale la pena hacer clase: por menos de esto no vale la pena entrar en la sala de clase.